

EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SECCION CIENTÍFICA

ASUNTO VIEJO

DESGRACIADAMENTE NUEVO.

(Conclusion.)



El perro atacado de dicha enfermedad no siempre rehusa en el primer período tomar sus alimentos, pero pierde generalmente, con prontitud, el apetito. Obedeciendo entonces á una necesidad absoluta de morder, se le ve destruir, triturar y tragar muchos cuerpos extraños á la alimentacion; encontrándosele despues en la autopsia el estómago lleno de objetos de toda especie, paja, lana, piedras, etcétera. Así es que, siempre que se observe á un perro desgarrando con terquedad en una habitacion las alfombras, cobertores, cojines, etc., debe vigilarse con mucha precaucion.

Es opinion ya vulgarizada la de que la baba es uno de los mas positivos signos de la rabia, lo cual es otro error que es necesario hacer que desaparezca, porque un perro puede muy bien no presentar dicho sintoma en semejante enfermedad. No negamos que durante los accesos la boca de algunos de estos animales esté del todo llena de una baba espumosa; pero en cambio observamos otros con la boca completamente seca. Da-

remos á conocer, sin embargo, un sintoma sumamente curioso que ha observado monsieur Bouley: « Cuando el perro rabioso tiene la boca seca, suele llevarse las patas delanteras á ambos carrillos y agitarlas como si tuviese un hueso en la garganta que le incomodara; ejecutando tambien tales movimientos en una variedad de rabia (rabia muda), en la que por parálisis de las mandíbulas permanece el animal con la boca abierta.

No hay duda alguna en que la modificacion que experimenta el ladrido de los perros es uno de los mas seguros síntomas para reconocer en ellos la enfermedad que nos ocupa. El ladrido rábico es casi indescriptible, pero el que lo ha oido una vez jamás podrá olvidarlo. No produciéndose con la sonoridad normal su timbre es lúgubre, ronco, velado, plañidero, y degenera en tres ó cuatro aullidos ahogados.

Otro sintoma muy importante es la indiferencia en que permanece el animal para toda suerte de tormentos, pues si se le maltrata, hiere, y aún quemándole, no manifiesta señal alguna de impaciencia ó dolor: Si le presentamos una barra de hierro enrojecida, dominado por el acceso, furioso se lanza sobre ella, la muerde, y, si bien es verdad que retrocede, no deja oír, en cambio, ningun grito ó quejido; lo que nos hace pensar que en la rabia la sensibilidad está notablemente disminuida. Se han observado

casos en que han llegado á saciar su furor hasta en sí mismos, y Mr. Bouley, á quien es necesario citar siempre en semejante materia, refiere la historia de un falderillo que, presentando síntomas sospechosos, fué encerrado, encontrándosele al día siguiente con la cola completamente separada del tronco. Mr. Youatt observó tambien uno que se roía y arrancaba las carnes de los miembros. Se citan igualmente casos de desuello con las patas.

Pero á pesar de todo conserva siempre el instinto de la conservacion: si prendemos fuego á la paja de su cama, no tarda en abandonarla yendo á ocultarse á cualquier rincon; si le aplicamos á las patas un hierro enrojecido, abandona tambien el lugar en que se encuentra. La espresion de la fisonomía del animal manifiesta claramente que padece en todas estas circunstancias, pero no lo espresa ni por la mas pequeña queja, ni por el mas pequeño lamento. Es necesario, pues, desconfiar de todo perro que se muerde á sí mismo con persistencia y que se muestre insensible al dolor en los términos ordinarios.

No debemos olvidar otro singular carácter de la rabia, cual es la impresion que produce el perro sano sobre el rabioso: al divisarle se ve acometido, casi instantáneamente, de un acceso; s'rviéndonos indudablemente de poderoso reactivo para reconocer la enfermedad en otro de su especie. Es un hecho tan positivo y constante, que puede considerársele como la espresion de una ley cuya causa es hoy un misterio para la ciencia. A tan original medio se recurre en Alfort para esclarecer aquellos casos que puedan hacernos dudar; porque tan pronto como al perro enfermo se le acerca uno sano hace poderosos esfuerzos para arrojarle sobre este, y si por desgracia logra alcanzarlo lo muerde con un furor indescriptible.

No es únicamente propia del perro semejante impresion producida por la presencia de otro: la experimentan todos los animales, sin escepcion de especies, desde el momento en que se ven atacados de rabia canina. Todos, al notar la presencia del perro, se exasperan y esfuerzan para atacarle: el caballo con sus patas y dientes; el toro con sus cuernos; el carnero, hasta el humilde carnero, con su inclinada cabeza.

Segun parece, la cólera del animal afectado de rabia llega al mas alto grado en presencia de un individuo de la especie que le transmitió la enfermedad. En la escuela de Alfort Mr. Renault inoculó á un caballo virus líxico de un carnero, y se le declaró la enfermedad en la forma mas furiosa, llegando á desgarrarse con los dientes la piel de los antebrazos. Una vez tranquilo, al presentarle un carnero, le sobrevino inmediatamente un terrible acceso de furor, despedazando en un momento á la pobre víctima; y no experimentó, por el contrario, ninguna escitacion al colocarle un perro en su propio pesebre.

Mr. Henri de Parville refiere el hecho siguiente: «Poco tiempo hace que un propietario condujo á mi consulta, con suma tranquilidad, un falderillo á quien habia mordido dias antes un perro vagabundo. «No hay peligro, dijo, ha sido herido en el dorso y no en la garganta, circunstancia necesaria para que se comuniqué la rabia.» Ignoro completamente de dónde habia sacado esta máxima singularmente falsa. Argumentéle y no quiso ceder, resolviéndome entonces á ejecutar el siguiente decisivo experimento: Hice encerrar el falderillo sospechoso detrás de una reja bastante sólida y le presenté otro perro. Apenas lo hubo percibido se lanzó furioso contra la reja é hizo prodigiosos esfuerzos para salvar la barrera. Tan extraordinarios movimientos,

agenos del todo á las costumbres del animalito, convencieron á su dueño. El falderrillo fué secuestrado y tres dias despues sucumbió de rabia.»

Sucede con bastante frecuencia que, al sentirse el perro los primeros síntomas del mal, abandona la casa de sus dueños como si tuviera conocimiento del peligro á que su presencia expone á los que le son tan queridos, y sale á morir ó á hacerse matar en un lugar cualquiera. Algunas veces, sin embargo, dominado por una fatal atraccion, vuelve á la casa y corresponde entónces con mordidas á las caricias que se le deparan.

Cuando la enfermedad está completamente desarrollada, adquiere la fisonomía del perro un aspecto terrible: sus ojos brillan de tal manera que infunden pavor al que lo contemple, aun al través de la jaula en que se halle encerrado. A la menor excitacion se arroja sobre el que descubre, lanzando su característico ladrido; muerde las barras de la reja, produciendo ruido con sus dientes. Sucede á tal estado de furor un completo desfallecimiento; despues, repentinamente sale de su languidez y experimenta un nuevo acceso.

Un perro rabioso en libertad ataca, con extraordinaria energía, á todos los seres vivos que encuentra á su paso; pero, como ya hemos dicho, con preferencia á los de su especie que á los demás animales, y á estos antes que al hombre; pudiéndonos así servir de preservativo la presencia de uno sano á nuestro lado.

Cuando el infeliz animal desfallece por sus accesos de cólera é infinitas luchas, marcha con paso vacilante, cola pendiente, cabeza inclinada hácia el suelo, ojos extraviados y boca abierta dejando pender la lengua; azulada y cubierta de polvo. En este estado es menos peligroso, teniendo, sin embargo, suficientes fuerzas para ata-

car á cuantos se pongan al alcance de sus temibles dientes. Abandonado á sí mismo sucumbe de parálisis y asfixia. Debe desconfiarse de él hasta en sus últimos instantes de vida, pues, aunque en apariencia no sea sino una masa inerte, conserva siempre el instinto de morder y muerde, en efecto.

Una estadística de la rabia, formada por el ministerio de Agricultura de Francia, á pesar de ser incompleta, pone en evidencia ciertos hechos que no deben pasar inadvertidos. En los 49 departamentos donde la rabia ha sido declarada, el número de perros mordidos ha llegado, en un periodo de cuatro años, á 785; de los cuales 527 fueron matados. El número de personas mordidas ha sido de 320; las mordeduras han ocasionado en 129 casos accidentes lísicos, lo que demuestra una mortalidad de 40 por 100. De las 320 personas mordidas, 206 pertenecen al sexo masculino y 81 al femenino: se observa, en efecto, cierta especie de inmunidad relativa en las mujeres, que debe provenir simplemente de accidentes de estadística, aunque es verdad que por sus particulares vestidos están mas libres de mordeduras. Los niños, por el contrario, estando mas expuestos á ser mordidos, se hallan en proporcion crecida: se reúnen en grupos, juegan en las calles y escitan instintivamente á todos los perros que pasan. Así es que, de 274 mordeduras, 97 corresponden á la edad comprendida entre los 5 y 15 años, es decir, á la edad de la impremeditacion y de la imprudencia. En cambio, segun parece, el virus lísico se inocula con menos facilidad á los niños que á los adultos; así de 97 mordeduras en niños solamente 26 fueron seguidas de accidentes mortales.

Se cree comunmente que la rabia aparece sobre todo en la época de los fuertes calo-

res. Segun la citada estadística, corresponden: á los tres meses de primavera, 89 casos; á los tres meses de estío, 74 casos; á los tres meses de otoño, 64 casos y á los tres meses de invierno 75 casos. Así pues, no existe diferencia alguna bien determinada á favor de una ú otra estacion.

¿Cuánto tiempo emplea el virus líxico en infectar toda la economía? Despues de mordida una persona, al término de cuantos dias puede tranquilizarse abrigando esperanzas de salvacion? Recurramos á la estadística que nos dará utilísimas luces para esclarecer estas oscuras preguntas. De los 129 casos cuyas mordeduras han sido mortales, se ha podido determinar el periodo de incubacion en 106 personas solamente; de ellas 73 han presentado las manifestaciones de la rabia en los sesenta primeros dias. En los demás casos se declararon en los dias posteriores, sin relacion alguna apreciable. La enfermedad puede permanecer oculta y no manifestarse sino al término asombroso de 240 dias, ó sean ocho meses! Pero pasados los cien primeros es sumamente raro que se declaren los accidentes.

Tambien se ha establecido que la duracion de la incubacion es tanto mas corta cuanto menos edad tengan los individuos mordidos.

Una vez declarada la enfermedad sobreviene comunmente la muerte en los cuatro primeros dias, correspondiendo el mayor número de víctimas al segundo y tercero. Los infelices atacados son presa de horrosas torturas morales y físicas que justifican bien el terror inmenso que en el ánimo del vulgo infunde la idea de la rabia.

Es opinion ya vulgarizada y la repetimos, sin embargo, á pesar de lo que digan algunos charlatanes, la de que no conocemos hoy ningun remedio con que combatir la rabia. El mas seguro medio para evitar

los progresos del virus en la economía consiste en cauterizar la herida con hierro enrojecido, aplicado enérgicamente y sin perder el mas corto espacio de tiempo. Una varilla de cortinas, una hoja de cuchillo ó de tijeras son suficientes para practicar tan sencilla operacion. Se calienta hasta el rojo claro el instrumento de que se haga uso y se aplica sobre la herida con mano firme, teniendo cuidado de quemarla en toda su extension y profundidad; siendo muy conveniente enrojecer nuevamente el hierro y aplicarlo por segunda vez. El dolor que produce tal operacion puede sufrirse perfectamente: Segun Mr. Leblanc, padre, la cauterizacion proporciona al paciente mordido, ya que no un verdadero placer, una especie de íntima satisfaccion, porque la alhagadora idea de destruir con el fuego el virus infectante se asocia y predomina á la sensacion dolorosa percibida.

De 134 heridas cauterizadas 92 han dado buenos resultados; de 66 no cauterizadas 56 han sido mortales. Ahora bien, como hace notar Mr. Bouley, las observaciones clinicas recogidas no arrojan nada preciso ni sobre el modo de cauterizacion, ni sobre el tiempo transcurrido entre la mordedura y la operacion, y nos parece imposible deducir algo importante en semejantes circunstancias. Creemos, si, que hubieran sido mas satisfactorios los casos de inocuidad logrados por la cauterizacion, si se hubieran determinado las condiciones todas en que fueron ejecutadas.

Se citan tambien magníficos resultados que se han obtenido cubriendo la herida con pólvora y acercándole inmediatamente un fósforo ú otro cuerpo cualquiera en ignición. En Haití, donde la rabia es muy comun, se usa mucho de este medio, aplicando despues al enfermo un vegigatorio y sometién-dole á un tratamiento mercurial hasta lograr

la salvacion. Se dice que todas las personas mordidas sometidas á tan sencillísimo tratamiento han logrado escapar de los terribles efectos de la mordedura.

A falta de fuego es muy conveniente desorganizar la herida con ácido nítrico, ácido sulfúrico, nitrato de plata, ácido fénico, etcétera; pero solamente empleados á títulos de auxiliares mientras se consigue fuego para practicar una completa cauterizacion. Algunas personas han quedado, por desgracia, muy satisfechas despues de verter sobre la herida varias gotas de vinagre ó amoniaco, siendo semejante medio un muy insignificante paliativo.

Cuando se carezca de todo recurso, cuando no se pueda disponer de agente alguno de destruccion es muy conveniente que practique el mordido la succion de la mordedura siempre que esté al alcance de sus labios, teniendo mucho cuidado en arrojar, despues que haga cada aspiracion, todo el líquido que haya podido estraer de la herida.

En todos los casos se debe sangrar abundantemente la mordedura y lavarla despues con líquidos activos, tales como agua de cal, agua de legía, salmuera, etc., y hasta con orines si no se puede disponer de otra cosa.

Si el individuo mordido lo ha sido en un miembro conviene practicar, por encima del sitio de la herida, una fuerte ligadura, para impedir en algo, de esa manera, la absorcion del virus. Dicha ligadura no debe levantarse hasta despues de cauterizar la herida con todo el cuidado necesario.

Cuanto hemos dicho anteriormente atañe al tratamiento local de la mordedura, y nos ocupariamos ahora en indicar las medicaciones generales reputadas como profilácticas si no fueran tan innumerables é inútiles. No obstante, mencionaremos un medio que nos parece bastante racional y que ha sido modernamente puesto en práctica por

varios médicos franceses y rusos: los baños de vapor. Los baños de vapor han dado magníficos resultados en aquellos pocos casos en que han podido ser empleados. Pero siendo tan corto el número de las observaciones recojidas, y habiendo sido cauterizados en tiempo oportuno los individuos mordidos, ninguna conclusion importante podemos deducir. Sin embargo, como dicha medicacion tiene por objeto provocar un aumento considerable de todas las secreciones, creemos que produciria resultados sumamente satisfactorios, asociando á las sudoríficas propiedades de los baños de vapor, las estimulantes, sialagogas y tambien sudoríficas del Jaborandi, recientemente introducido en la Terapéutica por los doctores Coutinho y Gubler (1).

Una vez declarada la rabia, como no existe remedio alguno con que combatirla, como fatalmente sucumbirán los infelices enfermos, nos parece de más decir que pueden ensayarse todos los medios imaginados, que no hay inconveniente en usar todas las recetas especiales del país en que se resida, porque el estado moral del atacado ejerce poderosa influencia en esta enfermedad y debe, por tanto, procurarse que no decaiga un instante concediéndole cuanto él crea indispensable para su salvacion. Con mucha razon dice Mr. Bouley: «no desprecie- mos los mas excéntricos medicamentos puesto que reaniman al enfermo y pueden ser de este modo un recurso poderoso.»

Nosotros, en presencia de aquellas personas en las que la enfermedad se haya completamente manifestado, les haríamos mas sufrible su terrible martirio por el empleo de los anestésicos bajo todas las formas y por todas las vias. Están destinadas á mo-

(1) Véanse los números 6 y 7 del «Ramillete», 2.ª época. El Jaborandi, por Arturo Ledon.

rir horriblemente sin que podamos impedirlo. Disminuyamos, pues, su lastimosa desgracia procurándoles la ignorancia para su desesperado estado y la insensibilidad para su inmenso dolor.

ENRIQUE BARNET.

SECCION LITERARIA

RECUERDOS DE ITALIA

BEATRIZ CENCI

(Conclusion.)

Disfrazado de carbonero pudo permanecer Guido en Roma, donde por medio de sus poderosos parientes ó con el oro trató de salvar á Beatriz. Inútil parece advertir que no se habia presentado confesándose autor del homicidio porque conocia perfectamente la inutilidad de semejante paso, existiendo el irrevocable designio de inmolarse á toda la familia de Cenci. Ni entregándose, pues, le quedaban esperanzas y medios de rescatar á la valiosa cautiva. Interesó en favor de esta al ilustre abogado Próspero Farinaccio, quien juzgó que el único recurso era ya declarar ella que trastornada por el horror al incesto, viéndose en un momento desesperado, habia vertido la sangre paterna. Rechazó la jóven el consejo, que personalmente le dió Farinaccio; mas sobrevinieron Lucrecia Petroni y los dos hermanos, y sus lágrimas, el mudo ruego de su semblante, alcanzaron la confesion que iba á presentarla como parricida ante Italia, ante el mundo entero, ante aquel siglo y los futuros! Hay ocasiones en la vida en que para la agena felicidad vuelan unos al campo de batalla ó prodigan su hacienda ó se entregan al verdugo, y otros

suben á un Gólgota secreto, donde perece, tras indecible agonía, su corazon, y sobrevive el cuerpo, como despues del naufragio, sobrenadan algunas tablas.

Ya le he dicho: la destruccion de la familia de Cenci estaba de antemano resuelta, y, por consiguiente, solo sirvió para justificarla el sacrificio de la sublime doncella. Se decretó el último suplicio contra los cuatro acusados. No tiene la boa tan terribles nudos como la fatalidad. Esta envolvió á Beatriz desde la cuna haciendo que su belleza, su talento, sus altas virtudes, circunstancias todas que á otras mil hubieran asegurado la dicha, le abriesen manantiales de amarguísimos dolores, y, por último, sangrienta y deshonorada tumba!

La primera sentencia del pontífice Clemente VIII ordenaba que, atados los tres hermanos y su madrastra á la cola de caballos indómitos, fuesen arrastrados hasta morir, y lanzados sus cadáveres al Tiber. Roma entera se estremeció. Próspero Farinaccio y otros dos jurisconsultos notables, llamados Angelis y Altieri, así como muchos príncipes y cardenales, suplicaron ardorosamente al Papa que permitiese fuera defendida la familia de Cenci, y al fin lo consiguieron. Por la segunda sentencia se decretaba la confiscacion de bienes y se condenaba á Lucrecia, Beatriz y Bernardo á ser decapitados, así como *mazzolato* Jacobo: despues, atenaceados y descuartizados todos. A última hora se impuso al niño Bernardo la pena de presidio perpétuo y presenciar las ejecuciones.

Intenso era en Roma el interés por la mísera familia, sobre todo en favor de Beatriz. En estas circunstancias mostró de nuevo la fatalidad su mano: Pablo Santa Croce asesinó á su madre. Entonces los empeñados en la destruccion de la familia de Cenci hicieron hincapié en la necesidad de

un ejemplar tremendo; las simpatías desfallecieron y fácil fué terminar la iniquidad empezada. Sin embargo, aun lucharon por Beatriz dos nobles sentimientos: la admiración artística y el amor. Ubaldino Ubaldini, pintor que prometía mucho, y Guido Guerra resolvieron, mas desgraciadamente sin ponerse de acuerdo, arrebatarse á la jóven de manos del verdugo.

Con el traje de capuchino logró Guerra penetrar en la prision de su amante y verla por algunos minutos la víspera de su muerte: ni una palabra se dijeron en aquella suprema entrevista. Pero si callaron los labios, no así los ojos. ¿Quién trasladará al lienzo la mirada con que envolvemos á la mujer hechicera que es la llama de nuestro corazon, el foco radiante de nuestra vida entera, y que no volveremos á ver jamás, jamás, porque ni aun nos alienta la esperanza de mezclar nuestros espíritus en regiones de luz eterna? Ay! cuántas lágrimas, y cuántos sollozos, cuanta agonía, encerró el hombre en la palabra *jamás*! No gime tan tristemente el aura nocturna en los cipreses del cementerio, no suena tan temerosa la oleada en la tempestad, ni tan lúgubre la tierra al caer sobre nuestro cadáver.

En la playa del castillo del Santo Angel acabó en 1599 á 11 de setiembre, el drama que á grandes rasgos he bosquejado. Largo fué el camino que para llegar á ella recorrieron los condenados, y mas de una vez mordió el verdugo durante el tránsito las carnes de Jacobo Cenci con tenazas candentes. Ya aparecía el cadalso ante la fúnebre procesion, cuando la cuadrilla que habia organizado Guido se abre paso por entre el concurso inmenso, llega á Beatriz, la arranca á los esbirros. A caballo, y desde cierta distancia contempla el infeliz amante la obra de sus mercenarios y ya se le ensancha de gozo el pecho, cuando, apareciendo los hom-

bres de Ubaldini y acrecentando el tumulto, dan tiempo á los soldados pontificios para formarse y embestir: malógrase al cabo todo. El generoso pintor recibió en la refriega dos heridas, de cuyas resultas murió al siguiente día. Pocas horas antes de espirar se lanzó delirante de su lecho y trazó un magnífico boceto de Beatriz, el cual sirvió para el retrato que hoy admiramos y se cree obra de Guido Reni.

El pobre Bernardo Cenci, niño de doce años, subió el primero al cadalso, pues debia presenciar las ejecuciones. Siguióle Lucrecia Petroni y, así que la decapitaron, se presentó Beatriz animosa, tranquila. Cayó la celestial cabeza, que, ceñida de flores por piadosas manos, y reunida al cuerpo, fué depositada en un ataúd, el cual enteraron en la iglesia de San Pedro en Montorio, debajo de la *Transfiguracion*, cuadro peregrino de Rafael. ¿No era simbólica esta casualidad? ¿No era ese lienzo como la revelacion de mejor vida brillando sobre el infortunio humano?

Permitame el lector dos palabras sobre Jacobo Cenci: sin duda se comprenderá su objeto. El verdugo le ató al tablado fatal, le vendó los ojos y, empuñando una maza, la descargó en su cabeza y luego en varias partes del cuerpo; arrancóle en seguida las entrañas y por último le descuartizó. La sangre, que saltaba á chorros durante ejecución tan espantosa, bañó á Bernardo, que ya anteriormente se habia desmayado varias veces y quedó entónces sin sentido. Muchos meses de enfermedad le costó aquel día horrendo.

Guido Guerra se hizo capitán de bandidos y, arrepentido mas tarde, dedicó sus años restantes á la abnegacion y á la penitencia en el monasterio de San Bernardo, allá entre las nieves perpétuas, entre las simas de los Alpes. ¿Qué pasaria por su al-

ma al recordar sus riquezas y su gloria perdidas, su virginal amor ahogado en sangre? Ay! la vida es un abismo: magnífica, deslumbrante, cual aurora boreal, lo ilumina por algunos momentos la felicidad, y nos circunda en breve horror intenso, desesperacion infinita!...

EMILIO BLANCHET.

(Mayo 23 de 1857.)

EN UN CEMENTERIO

Me ha dicho en sueños un ángel,
que al hombre obligan dos siembras:
la que sustenta su cuerpo,
la que á su alma sustenta;

Que al cuerpo, junco de un día,
basta un día de tarea,
mas que es otra la que cumple
al alma, planta perpétua.

¿Qué sembrásteis para el cielo,
moradores de la huesa?
¡Hablad, decid!... ¡Oh alma mia,
su paz á las tumbas deja!

En el campo de la muerte
deben callar los poetas,
por mas que vibre su pecho
lleno de tristes endechas;

Porque las humanas voces
las voces ensordecieran,
con que el silencio nos habla
de las regiones eternas.

¡Oh soledades sombrías,
última morada nuestra!
¡Oh muda ciudad, hogares
donde la nada se alberga!

¡Oh blancos postes, ruinas
de las humanas miserias,
escombros de las pasiones,
polvo de torres soberbias!

¡Cuántas ¡ay! desmoronadas!
¡Cuánto obelisco por tierra!
¡Cuánta grandeza de barro!
¡Cuánta esperanza de piedra!

¿Aquel corazon, que ardía,
es ese mármol que hiela?
¿Aquellos brazos potentes,
los de ese leño sin fuerza?

El pecho altivo en que tuvo
el orgullo su vivienda,
¿es esa cueva de huesos
donde ese reptil se hospeda?

¿Y cómo duerme así el sabio
de las vigilijs perpétuas?
¿Cómo está inerte la niña
de las danzas y las fiestas?

¡Cuánto sentir insensible!
¡Cuánto anhelar que no anhela!
¡Cuánto poder impotente!
¡Cuánto pensar que no piensa!

Pasaron; y de su planta
no guarda el polvo una huella;
mientras duran los arreos
con que su nada cubrieran.

Ya no hay sien, brazos ni pecho
para insignias ni preseas,
para el brazalete de oro,
para la rica diadema.

La áurea copa del banquete,
ya no hay mano que la mueva;
el libro abierto del sabio,
ya no hay ojos que lo lean...

¡Ver, sentir, pensar!... ¡Oh alma!
¿Serás imagen fonesta
de la lava que devora
las entrañas de la tierra?

¿Morirá tan solo el ente
que de vivir alardea,
y en su sér quedará todo
cuanto en derredor le cerca?

Ay! es misterio del cielo
que al polvo tu polvo vuelva;
mas solo en tu pecho, oh humano,
divina chispa se alberga;

Y tu alma es el espíritu
de cuanto guarda la tierra;
todo, por tí, bulle y vive;
muerto, sin tí, todo queda.

Sin tí loriga y escudo
inmóviles del muro cuelgan,
muertos quedan los pinceles,
la pluma y la espada muertas.

En el clave y la campana,
es tu alma la que suena;
que tú la expandes é infundes
bajo mil formas diversas:

La das al cirio, y es llama;
la das al carro, y es rueda;
la das al globo, y es éter;
la das al bajel, y es vela.

Y todo se anima y mueve;
y todo torna á su inercia,
sin alma, como tu cuerpo,
cuando la tuya se ausenta.

Mas todo, pese á la muerte,
guardará mano maestra
de tu poderosa mano
y de tu mente suprema.

El mármol mismo, tallado,
á publicar tu miseria,
con la voz con que te abata
dirá de tu preeminencia;

Y tu alma, palpitante,
de luz y de voces llena,
quedará hablando á los siglos,
de ese libro en la leyenda.

Mira pues, mortal, tus obras:
todo un pensamiento encierra;
y el pensamiento es simiente
que vida ó muerte procrea.

Y pues, es fuerza que el fruto
como la simiente sea,
si anhelas fruto de vida,
de vida has de hacer la siembra.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

(Venezuela.)

LITERATURA RUSA

LAS RELIQUIAS VIVAS.

FRAGMENTOS INÉDITOS DE LAS NARRACIONES DE UN CAZADOR

Novela original de Ivan Tourguenoff.

(Continuación).

Interrumpióse Loukeria. Lo que mas me asombraba era el tono casi alegre de su narración, sin quejarse, sin suspirar, sin procurar inspirarme compasion.

—Desde aquel accidente, continuó Loukeria, me fuí quedando seca, negra, estenuada, sin poder andar apenas, hasta que se me quedaron paralizadas las piernas; no podía estar de pié, ni sentada; tenia que estar siempre acostada; ni comia ni bebía, y cada vez iba peor... Su madre de V. tuvo la bondad de traerme un médico, quien me envió al hospital. Ningun alivio tuve; tampoco ningun médico pudo decirme qué enfermedad padecía. Dios sabe les tormentos que me hicieron soportar: me abrasaron la espalda con un hierro encendido, me metieron en un baño de hielo machacado; pero todo en balde. Por último, me quedé tiesa como un tronco; entonces los señores resolvieron que no valia la pena de continuar curándome: por otra parte no era cómodo conservar en el establecimiento una persona inválida como yo, y me trajeron aquí porque tengo algunos parientes. Y vivo como V. ve!

Calló Loukeria esforzándose por sonreírse.

—¡Tu estado es horrible! exclamé; y no sabiendo qué decir añadí: ¿Y Basilio Poliakov? lo cual era una pregunta bien sandia.

Loukeria volvió un poco la vista.

—¿Poliakov? Se afligió algun tiempo; y luego se casó con una jóven de Glinnoïé... Glinnoïé, que no está lejos de nuestro pueblo. Ella se llama Agrafena. Él me amaba mucho, pero era un mozo que no podia ser siempre soltero. ¡Buena compañera hubiera sido yo para él! Encontró una mujer buena y hermosa y hoy tienen hijos. Es mayordomo á poca distancia de aquí; su madre de V. le dió un permiso y es feliz, gracias á Dios.

—Y tú estás siempre, siempre acostada? dije á Loukeria.

—Siempre, señor. Hace siete años; durante el verano me acuesto en esta cesta; cuando llegan los frios me llevan á la antecámara de los baños.

—¿Quién te cuida? ¿Quién te atiende?

—No faltan por aquí buenas gentes que no me abandonan. Por otra parte, molesto poco. Alimentos, apenas los pruebo; ¿agua? la tengo en ese cántaro, nunca me falta agua fresca, de la fuente, y puedo alcanzar sola el cántaro. Todavía tengo libre un brazo. Y además... hay aquí cerca una muchacha huérfana que me viene á ver de cuando en cuando, Dios se lo pague. Aquí estaba hace un instante... ¿No la encontró V.? ¡Una jóven tan blanca, tan linda! Me trae flores, ¡me gustan tanto! No tenemos aquí flores de jardín, antes sí, ahora no; pero las silvestres son tambien muy bonitas. Son mas olorosas que las de los jardines. Por ejemplo, ¿hay mejor aroma que el del muguete?

—¿No te aburres? ¿No tienes miedo? mi pobre Loukeria.

—¡Qué remedio! Lo diré con franqueza, al principio estaba muy triste; pero poco á

poco me acostumbré, tuve paciencia: hay otros mas desgraciados que yo.

—¿Cómo?

—Los hay que no tienen albergue, otros son sordos ó ciegos, mientras que yo, á Dios gracias, lo veo y lo oigo todo. Hasta los topes que socaban la tierra. Y huelo todos los olores, aun los mas débiles. Nadie necesita decirme cuando florecen el alforfón en el campo y el tilo en el jardín, si el viento viene de allí. No, ¡no seamos ingratos para con Dios! Muchos son mas desventurados que yo. Aunque no tuviera mas razon que esta: los que gozan de buena salud pueden incurrir en el pecado, mientras que el pecado se alejó de mí. Dias atrás, el padre Alejo, el sacerdote, me dió la comunión diciéndome: No necesitas confesarte; así como te encuentras ¿qué pecado puedes cometer? Y le respondí: Padre, ¿y los pecados de pensamiento, los que se cometen en espíritu? —¡Oh! contestó sonriendo, serán muy graves.—Pero tampoco creo haberlos cometido, prosiguió Loukeria, porque me he acostumbrado á no pensar en nada, y lo que es mas á no recordar. Así pasa mas pronto el tiempo.

Confieso que todo esto me sorprendia.

—Pero estando sola siempre, Loukeria, ¿cómo has de impedir que las ideas asalten tu espíritu? ¿Duermes siempre?

—No señor. Siempre no, porque, aunque no tengo dolores fuertes, sufro interiormente y tambien en los huesos; por eso no duermo lo que quisiera; pero estoy acostada, tendida y en nada pienso. Me siento vivir, respirar y basta. Miro y oigo. Las abejas zumban en el colmenar; á veces se posa en el techo un pichón de cuyo pico salen dulces arrullos; una gallina rodeada de sus polluelos entra á picotear las migajas; otras veces entra revoloteando un gorrion ó una mariposa, y todo eso me encanta. El año

antepenúltimo anidaron en el techo las golondrinas y criaron sus hijuelos. ¡Qué divertido era! Llega una golondrina con la comida en el pico y ceba á sus hijitos posándose en el borde del nido y despues se vuela. Miro un momento despues y veo á otra. A veces en vez de entrar pasaban por delante de la puerta y los hijuelos piaban desconsolados... Los esperé el año siguiente, pero no volvieron, porque segun supe un cazador las habia espantado con sus tiros. ¿Qué provecho sacó? las golondrinas no pesan mas que una mariposa. ¡Qué malos son ustedes los cazadores!

—Nunca tiro á las golondrinas, repuse con viveza.

Traduccion de ANTONIO L. BUSTAMANTE.

(Continuará.)

ENVÍO

Yo quisiera de flores
mandarte un ramo
para decirte en ellas
cuánto te amo.

Mas tú las vieras
y su lenguaje acaso
no comprendieras.

Tú en las flores verias
solo un presente,
y no el lenguaje mudo
de una alma ardiente.
Y es que no sabes
que aman tambien las flores
como las aves.

Tú no sabes que entre ellas
se dan consuelos,
alimentan pasiones
y tienen celos.
Mucho se quieren,
y tambien, ¡ay! algunas
de amor se mueren.

Por eso ciertas flores
poniendo á un ramo,
yo quisiera decirte
cuánto te amo.
Mis sinsabores,
mis locas esperanzas
y mis temores.

En ese casto idioma
yo te diria
todos los sentimientos
del alma mia.
Cómo te quiero,
cómo de amores presa
de amores muero.

Te diria que te amo
con fé tan pura
como se aman los ángeles
allá en la altura.
Que por tí vivo,
que la luz de mis ojos
de tí recibo.

Que de pasion me abraso
cuando respiro
el aroma inefable
de tu suspiro.
Y que estasiada
bebe el alma sus goces
en tu mirada.

Tienen tus ojos negros
tanta ternura!
Tiene espresion tan dulce
tu frente pura!
Todo te agracia
y te sonries, niña,
con tanta gracia!

Para decirte, niña,
cuánto te amo,
yo quisiera de flores
mandarte un ramo.
Ellas dirian
lo que á decir mis labios
no se atrevian.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.
(Chile).

CONSUELO

Pobre niña! porqué lloras
al separarte de aquí?
Si dejas hoy al que adoras,
después de algunas auroras
lo tendrás cerca de ti.

Partes, pero volverás;
y amante como quedo
cuando vuelvas lo hallarás;
y ausentes conozco yo
que no han de verse jamás.

Si la suerte, nunca avara
en dar al alma dolores,
rudo golpe te depara,
piensa que hay a quien separa
la tumba de sus amores.

Yo también me he separado,
yo mismo que te consuelo,
de más de un ser adorado,
que ya ver más no me es dado,
porque viven en el cielo.

No, pobre niña, no llores:
guarda ese bálsamo amargo
para pesares mayores,
que es el camino muy largo
y son muy pocas las flores.

Guárdalo, tú volverás;
y amante como quedo
cuando vuelvas lo hallarás;
y ausentes conozco yo
que no han de verse jamás.

GUILLERMO BLEST GANA.

(Chile).

EL BESO EN EL ESPEJO

Su belleza virginal
contemplaba *ella* al espejo,
y *él*, que adora aun su reflejo,
la dió un beso en el cristal.

Con sus alas el pudor
cubrió su rostro ese instante,
y ella sintió en el semblante
súbita encarnada flor.

Y adelantando los brazos
para truncar el reflejo,
dió con la mano al espejo
que dividió en dos pedazos.

Él fué de otro beso en pos
a la imagen de su amada,
y en el cristal retratada
vió de su semblante dos.

Otros dos fueron aquellos
besos de infinito ardor;
y una esperanza de amor
había en cada uno de ellos.

Centuplicada veía
ella su faz celestial
mientras el limpio cristal
en mas pedazos rompía.

Y al cabo cedió en su empeño;
pues su rostro angelical
retrataba siempre igual
el pedazo mas pequeño.

Si quieres, niña gentil,
truncar así mi ilusión,
tendrás en mi corazón
no un espejo, sino mil.

Que hay de amor eternos lazos
y rostros que no se borran,
por más que las horas corran
y que el alma esté en pedazos.

Mi corazón es tu espejo...
y si lo rompe tu amor
cada fibra de dolor
tendrá entero tu reflejo.

CÁRLOS A. SALAVERRY.

(Perú).

LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército la cumbre
salvó de la montaña,
y en el ya solitario campamento
que de lívida luz la tarde baña,
del negro terranova,
compañero jovial del regimiento,
resuenan los aullidos
por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
y bajo aquella cruz de tosco leño
lame el césped aún ensangrentado
y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses despues, los buitres de la sierra
rondaban todavía
el valle, campo de batalla un día.
Las cruces de las tumbas ya por tierra...
Ni un recuerdo ni un nombre...
Oh! no: sobre la tumba del soldado,
del negro terranova
cesaron los aullidos;
mas del noble animal allí han quedado
los huesos sobre el césped esparcidos.

JORGE YSAACS.

(Colombia 1874).

LA VÍ DOS VECES

La ví... y era tan bella
que al punto palpité mi corazón;
sentí secreto impulso de abrazarla,
y algo me dijo:—No!

Volví a verla mas bella;
pero sentí en el alma compasión:
le hablé de la virtud y la pureza...
y ella me dijo:—No!

EUDALDO TAMAYO.

(1875).

A ELENA

MADRIGAL.

Colúmpiase en el valle una azucena
tan pura y tan galana
como de abril la cándida mañana;

El zumbador que la enamora tierno,
de su pudor y su beldad celoso,
no se atreve á libar en su corola

el néctar delicioso;

del sustento se priva;

porque lozana y candorosa viva;

y muriera contento,

gozando los perfumes de su aliento.

Encantadora Elena,

Yo soy el zumbador, tú la azucena.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

SECCION ARTÍSTICA.

ESTUDIOS

ARTÍSTICOS Y LITERARIOS.

(DEL LIBRO INÉDITO.)

(REVELACIONES ESTÉTICAS Á MI ESPOSA.)

I.

Causalidad y fin del arte.—*Su caracterización.*—*Probidad.*—*Cosmogonismo é individualismo.*—*Aparente contradicción.*—*Influencias sociales.*—*Aclaraciones.*—*Popularidad respectiva.*

Cuando, á solas, frente á frente de nosotros mismos, en la religiosidad del pensamiento, meditamos nuestros sentimientos y aspiraciones; y, aun en nuestras alegrías, hallamos un dejo de tristeza y de misterioso afán, más profundos, más dulces que las más rientes alegrías; entónces, creemos en la mision del genio y en la profecía del arte.

Vemos á los apóstoles de la idea y del sentimiento, colocados entre el cielo y la tierra, encaminados del tiempo á la eternidad, grandes en su propio seno: les vemos pasar entre las multitudes,

y sólo conocemos su realidad humana, por la sombra de sus cuerpos en el camino. Pasan, discípulos de Dios, puestos en Dios los ojos, hasta cuando ellos lo ignoran: derraman su aliento; y la materia se anima; y la forma, la línea, el color, el sonido, la palabra, reflejan bellezas ideales de la belleza inmortal y de la luz primera. El genio *crea*, porque sus obras viven en la triple manifestación de su vida propia, y de la de otro ser, vivificado en Dios.

Por eso nos ofende la vanagloria de los genios, no carácter, y la osadía de los críticos, no concientes.

Toda obra, que no representa un ser, un carácter, una idea, un sentimiento, es perfectamente inútil. Desde los genios cosmogónicos, hasta los más íntimos é individuales, todos han poblado el mundo de la idea; porque no hay nada, aunque más universalidad, aunque más exclusivismo presente, nada, que en el arte repugne, si del arte es digno.

El artista debe presentir y adoctrinar su idealidad: debe consagrar en sí la aspiración del mañana, con la fuerza del hoy, y la satisfacción del ayer.

Todavía, para mengua del arte, hallaremos algunos que proclaman la omnimoda libertad de la invención; y, á los naciéntes genios, impiden el conocimiento y frecuentación de los monumentos anteriores y contemporáneos. Á estos pseudo-civilizadores, tan opuestos á los defensores verdaderos de la espontaneidad é inspiración, podemos decirles: ¿no sería culpable quién, dotado de perspicua inteligencia, elegido sobre una colectividad de ciudadanos, para guía de sus acciones, y defensa de sus derechos, descuidara, por soberbia confianza de su innata honradez, investigar y entender los principios de la moral, ya en su conciencia, ya en las de los hombres vivos, ya en las de los hombres que le antecedieron? ¿No sería culpable, ó, siquiera, merecedor de censura, quién, aunque de impotente humildad, de ineficaz miseria, olvidara registrar sus inclinaciones; y, por desidia, derramara sus actos, á capricho de la imprudente voluntad? Pues, cómo, el genio, colocado y elegido sobre la colectividad de los hombres y de los tiempos, ha de olvidar su divina misión, y descuidar el conocimiento de las verdades eternas, de los sentimientos infinitos, que ayer, hoy, mañana, sobreviven al imperio de los intereses materiales?

Nó: el artista debe estudiar las obras del pasado y del presente; debe estudiarlas, por entusiasmo de lo bello, por cariño de familia, y como seguro medio de caracterización: en las obras humanas, encontraremos, esparcidos, elementos de verdad, de hondad y de belleza, que, adaptándose á nuestro modo de ver, entrarán, como simples, en la composición de nuestras ideas y estilo: examinemos las ideas y el estilo de los demás; fijemos el nuestro; y, ni fáciles al orgullo, ni fáciles á la debilidad, pensemos ántes de hacer, sostengamos nuestra hechura, y, á la crítica, respondamos: «Convince, si quieres que corrija.»

Mas, á esta condición de carácter, únase la necesidad moral. Obremos con dignidad, y por conciencia: evitemos las manifestaciones artísticas que halagan los instintos de los vulgos, y seducen á los genios con mezquinas promesas de un aplauso, tan ruidoso como efímero. El teatro, las novelas, las alegorías dedicadas, los cuadros de género, las estatuas decorativas, los edificios particulares, poniendo á los autores, en comunicación inmediata con el gusto y exigencias de los indoctos y no escogidos, desvía sus ingenios, á errores y torpezas que desvirtúan esencialmente la expresión y verdad de sus invenciones. Probarán tal aserto, los dramas y pinturas realistas, las comedias de figuron, nuestras narraciones picarescas de los siglos xvi y xvii, el convencionalismo de la ópera italiana, las galerías simbólico-adulatorias, las esculturas de salones y jardines, el uso de la arquitectura árabe en el exterior de construcciones modernas... y no hablemos del monopolio de las creaciones del espíritu: no tratemos del *oficio* del sentimiento y la idealidad.

Probidad, como base de nuestra elevación! Probidad, como guía de nuestro desarrollo! Probidad, como fianza de nuestro porvenir!

¡Cuánto apena considerar la vida ideológica de algunos genios extraviados, rebeldes á la generosa voluntad que les divinizó con su aliento, y torpes en la estimación de su dignidad! Ante grandes figuras, medio veladas por el interés, la vanidad, ó el escepticismo, ¡cuán bellas resplandecen las grandes figuras de los *hombres honrados en el arte!*

Hemos indicado la principal división en los espacios de la manifestación estética. Se preguntará: —Y el genio todavía inconciente, solicitado por el cosmogonismo y el individualismo, ¿qué deberá hacer? ¿Seguir sus inclinaciones naturales? ¿Comparar